

La literatura regional, las ciencias naturales, el progreso de las artes y de las industrias y la Medicina se beneficiaron grandemente con la aplicación y talento de este profesor meritísimo, á quien su laboriosidad y entusiasmo colocaron por encima del vulgo de los doctos y le hicieron más útil á la humanidad que esas tan cacareadas eminencias de similor y de campanario que nunca supieron descender á comprobar hechos, aplicar doctrinas con rectitud y desvanecer las angustias terrenas.

Fué Montserrat y Archs un soldado distinguidísimo en la campaña contra la ignorancia, un esforzado y liberal campeón de la salud pública, un luchador constante en pro de las glorias de Cataluña, un obrero animoso del florecimiento de las patrias letras, un amigo del que sufre y un sacerdote de la Medicina. Con todos estos atributos y preeminencias la figura de Montserrat crece y se agranda hasta alcanzar las dimensiones de las más positivas glorias de la ciencia, y, á tener otro carácter, su nombre hubiese conquistado gran resonancia con sólo haberse doblegado, el difunto, á las costumbres y prácticas de hoy.

En esta época metalizada de reporterismo y de futilidad en que semeja que lo serio hastía y lo liviano flota; en que el vulgo prevalece y la pasión cautiva y la osadía entierra á la virtud modesta; en una edad en que pocos tienen calma para esperar los aplausos de la serena justicia y los más hacen pregonar sus ilusorias virtudes por la atronadora bocina de voceadores mercenarios; en un período en que están á la orden del día la formación de camarillas para escalar lugar preeminente con que asombrar á los cándidos para luego cederlo al compinche y constituir la clase de las notabilidades de barrio ó de pelotón; en tiempos de efímeras reputaciones que trascienden á incienso barato y en que se prodigan á cualquier catecúmeno travieso los más altos y honrosos apelativos, claro está que el Dr. Montserrat y Archs merecía, con exceso, los calificativos de sabio, eminente y de eximio profesor....

Pero no; ni aun el sentimiento de haberlo perdido, ni la ligereza en aplicar los calificativos, han de cegarnos hasta el punto de cometer una injusticia histórica. El Dr. Montserrat no fué un hombre excepcional ni un profesor sobresaliente de los que por singularidad producen los siglos; fué un espíritu ilustrado, laborioso y fructífero de constante y apacible utilidad; de aquellos, precisamente, que más convienen al afianzamiento del progreso en artes y ciencias, de los que aquilatan en la práctica sin ligerezas y apasionamientos las conquistas del entendimiento humano; de los que sin ser águilas de la intuición sino modestas abejas que elaboran la miel sabrosa de la observación y de la experiencia, truecan en hacederos y saludables los destellos de la imaginación y del genio.

Yo entiendo que así como un país montuoso erizado de altísimas cumbres y cortado por insondables precipicios, es poco ó